



La paz y la libertad: política cultural de la Guerra Fría

DANIEL
NOEMI¹

El fin de la Segunda Guerra Mundial en vez de asegurar el término de todo conflicto armado, vio la emergencia del miedo a una conflagración mundial total, esta vez con el uso de armas nucleares. La creciente tensión entre los Estados Unidos y la Unión Soviética se ubicó, por cierto, en el centro del miedo –la inminencia de la Tercera Guerra Mundial crecía día a día– y se manifestó en todos los ámbitos de la sociedad. En el mundo de la cultura y las

artes, fue Stalin el primero en hacer uso, de modo brillante, de esa atmósfera de temor existente, iniciando un Movimiento Internacional por la Paz. En 1948, en Wroclaw, Polonia, en el Congreso Mundial de Intelectuales, se oficializó su creación, y al año siguiente se realizaron tres “Congresos por la Paz”. El primero, en marzo, en Nueva York –bajo el nombre de “Conferencia Cultural y Científica para la Paz Mundial”– al que asistieron, entre otros, Albert Einstein, Norman Mailer y Leonard Bernstein. En abril, en París, se celebró el primer “Congreso Mundial de la Paz” (CMP) propiamente tal, al que asistieron alrededor de 30.000 personas y en el que se instituyó el Premio Stalin por la Paz (que luego obtuvieron Jorge Amado, Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Baldomero Sanín Cano y Lázaro Cárdenas entre otros latinoamericanos. En 1957 cambió su nombre a “Premio Lenin”). Un par de

¹ Profesor de Literatura y Estudios Latinoamericanos, Northeastern University, Boston.

semanas después, se llevó a cabo el segundo “Congreso Mundial de la Paz en Praga”.

El congreso funcionó como una “típica organización de fachada”, pues si bien el movimiento estaba dirigido por científicos e intelectuales de renombre, como Frédéric Joliot-Curie, “los comités eran controlados por comunistas” (Judt 221). El mensaje que se transmitió a través de organizaciones directamente relacionadas con el movimiento fue simple: “La Unión Soviética está por la paz, mientras los americanos... son el partido de la guerra” (Judt 222). Un mensaje que fue asimilado por muchos artistas, escritores e intelectuales: la emblemática paloma de la paz de Picasso, fue ideada para el “Congreso por la Paz” de 1949 en París. Para muchos la opción era obvia: el mismo Joliot-Curie señaló, en el *New Yorker* de mayo de 1950, que ningún científico comunista jamás colaboraría con su saber para una guerra contra la URSS. En sus palabras, que le costaron el puesto de Alto Comisionado de Energía Atómica en París: “Por mi amor por la paz, he elegido a Sta-lin”.

Los Estados Unidos tardaron un par de meses en responder: el 27 de enero de 1948 se promulgó The US Information and Educational Exchange Act (conocida como Smith-Mundt Act) que en la práctica autorizaba las actividades de propaganda, por vez primera en tiempos de paz. Públi-

camente, por medio de la Ford Foundation y no tan públicamente a través de la CIA, financiaron a escala global la creación del Congreso por la Libertad de la Cultura (CCF por sus siglas en inglés), que fue dirigido desde 1950 a 1967 por el agente de la CIA Michael Josselson (Saunders 1). Su misión era, en palabras de uno de sus miembros más activos, Arthur Koestler, exmilitante comunista, “cambiar el confuso y

envenenado clima intelectual presente” (en Coleman 36). El primero de sus encuentros se realizó en Berlín, en junio de 1950. Tampoco faltaron, en su fachada, los nombres de reputados intelectuales de la época: Bertrand Russell, Benedetto Croce, Karl Jaspers y Jacques Maritain, entre otros. El éxito del encuentro fue considerable: al final de la década, el CCF tenía sedes en más de treinta y cinco países. El

“crecimiento se prolongó en una vasta red editorial” (Janello 278), que incluyó revistas como *Der Monat* en Alemania, *Preuves* en Francia, *Das Forum* en Austria, *Encounter* en el Reino Unido, *Tempo Presente* en Italia y, publicada en París pero destinada a América Latina, *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* o, simplemente, *Cuadernos*. Estas publicaciones muestran la variedad de visiones políticas que se reunían bajo el paraguas del CCF. Si bien compartían un fuerte antistalinismo, variaron desde un corte más progresista a uno más conser-



vador. Asimismo, al interior de cada publicación existía una multiplicidad de perspectivas y existe consenso que en ellas escribieron “los mejores escritores de las décadas de post-guerra”, y que los ensayos fueron “casi siempre de la más alta calidad” (Judt 223).

En todo caso, cuando en 1966 el New York Times publicó que el CCF era financiado por la CIA, la cual actuaba de facto como Ministerio de Cultura (Saunders 108), y se hizo público lo que para muchos era un (no tan) secreto a voces (“in the middle of the sixties, said Jason Epstein, anybody who didn't know it, was a fool” (Saunders 316)), el impacto fue considerable –Vargas Llosa escribe en la revista *Marcha* una columna titulada “Epitafio para un imperio cultural” en la que enfatiza el problema moral que la revelación implica para los intelectuales. Para ese entonces, *Cuadernos* había sido reemplazada por *Mundo Nuevo*, que era dirigida por el crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal. Este, al enterarse que su revista recibía fondos de la CIA, renunció a su puesto. No está claro, no obstante, que él no hubiese sabido y muchos alegan que siempre estuvo al tanto de lo que sucedía.

“We have to put the Word freedom before the Word peace”, afirmaba el colombiano Germán Arciniegas, el único latinoamericano que asistió al Congreso inaugural del CCF en Berlín. Ciertamente, no todos compartían las ideas del bogotano. No se compartía ni la idea de quién representaba la paz y quién era el adalid de la libertad (Iber, ingeniosamente, nota cómo la URSS y EU hicieron posible que “libertad” y “paz” se convirtiesen en “simultaneously noble ideas and cheap state propaganda” (48) .

El desacuerdo no se limitaba a los términos de libertad y paz, tampoco había consenso respecto a la idea misma de cultura. Si la “defensa de la cultura” había sido una consigna clave ante la amenaza fascista,

tanto para liberales como para socialistas y comunistas (Janello 20), ahora que los equilibrios y alianzas habían cambiado, ¿de qué lado quedaba la cultura? ¿quién se convertía en su dueño? El significado de los términos fluctuaría con los años. A fines de la década del 40, los soviéticos creaban “Casas de la Cultura” y los americanos “Casas Americanas”, en ambos casos para contrarrestar la reputación de “incivilizados” o “ignorantes” que caía sobre ellos. Menos de 20 años después, las “Casas de la Cultura” creadas por el ministro de cultura de De Gaulle, André Malraux (un ex comunista), son criticadas por el Partido Comunista que ve un “fascismo rampante” en ellas. Similarmente, cuando en abril de 1959 se funda en La Habana la Casa de las Américas, el significado de la posguerra se había desvanecido. En efecto, “los sentidos y significados se habían invertido” (Janello 22). El mismo año de 1959, al recibir el premio de los editores alemanes, el filósofo y miembro honorario del CCF, Karl Jaspers, reflexionaba sobre estos conceptos: “No peace without freedom, but no freedom without truth”. El problema, claro está, era saber dónde se encontraba la verdad.

Esta guerra de ideas marcó el campo intelectual latinoamericano; si bien hubo intentos de buscar posiciones intermedias lo que primó fue la polarización de las posturas. No obstante, sí hubo encuentros políticos que desde un punto de vista artístico hubiesen parecido surreales. Particularmente, en el CCF, en su oposición a la política soviética, se reunieron “en un arco ideológico que iba desde la izquierda más antistalinista (comunistas desilusionados, anarquistas, trotskistas y socialistas) hasta el liberalismo conservador, pasando por el liberalismo progresista” (Janello 15). Quizá como nunca antes, los intelectuales y artistas tuvieron una posición central en los debates de la época. A pesar de los intentos de muchos de ellos, parecía no ser posible hallar una tercera vía (Jorge Amado explícitamente

niega la posibilidad de una tercera vía: “Estamos travando a grande batalha final e ninguém pode esquivar-se dela participar” (Alburquerque 245).

Esta falta de una tercera posición, resultaba para algunos contraproducente y hasta paradójica: la postura anticomunista de los Estados Unidos y su ceguera al apoyar a las dictaduras militares, solo favorecían al comunismo. El crítico peruano, ferviente anticomunista, Luis Alberto Sánchez narra una anécdota del entonces presidente venezolano Rómulo Gallegos. Este le comentaba a un alto funcionario del Departamento de Estado americano: “Lo que pasa es que estamos hablando dos idiomas distintos... Ustedes quieren que los acompañemos en su campaña contra el comunismo, pero nosotros queremos primero, acabar, con las dictaduras, que engendran el comunismo” (Ruiz Galvete 42). Aún más directo era el ex presidente colombiano (1938-1942) Eduardo Santos en su discurso en la Universidad de Columbia: “si lo primero que se hace en la lucha anticomunista es combatir la libertad; si lo primero que se hace es cortarle las alas a los luchadores de la libertad; pues, señores, se está haciendo una cosa extraordinaria, y es que se está abriendo el camino al comunismo, se están facilitando las vías por donde se llega comunismo” (43). Ciertamente, el gobierno de los Estados Unidos no siguió las recomendaciones del ex mandatario colombiano. Al contrario, su posición anticomunista implicó el continuo apoyo a las dictaduras militares hasta el final de la Guerra Fría (con la relativa excepción de la administración Carter, 1976-1980). Así, la existente polarización ideológica se reforzaba a sí misma en un círculo vicioso del cual parecía no haber salida.

Bibliografía

Alburquerque, Germán. *La trinchera letrada: Intelectuales latinoamericanos y Guerra Fría*. Santiago: Ariadna, 2011.

Coleman, Peter. *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe*. New York: The Free Press, 1989.

Genet, Jean. “Letter From Paris”. *New Yorker*. May 13, 68-74: 1950.

Iber, Patrick. *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*. Cambridge: Harvard UP, 2015.

Jaspers, Karl. “Truth, Freedom, and Peace”. *Existenz* 9 (2), 1-12: 2014.

Saunders, Frances Stonor. *The Cultural Cold War*. New York: New Press, 1999.

Janello, Karina. “El Congreso por la Libertad de la Cultura: el caso chileno y la disputa por las “ideas fuerza” de la Guerra Fría”. *Revista www.izquierdas.cl* 14, 14-52: 2012.

Judt, Tony. *Postwar: A History of Europe since 1945*. London: Penguin Books, 2006.

Ruiz Galvete, Marta. “Cuadernos del congreso por la libertad de la cultura: anticomunismo y Guerra Fría en América Latina”. *Argonauta Español* (Aix-en-Provence, France). <https://journals.openedition.org/argonauta/1095>, 2013.